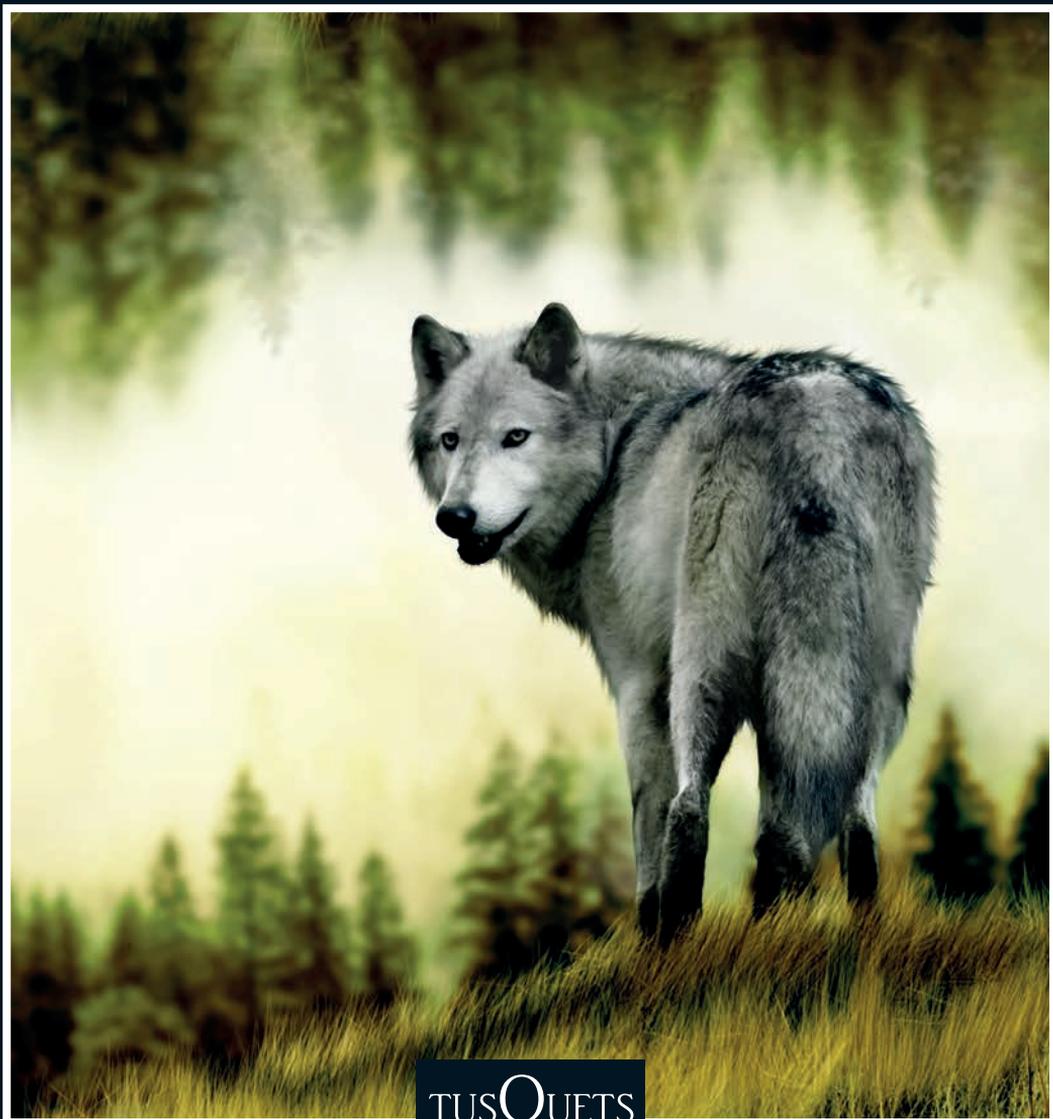


Kerstin Ekman
EN LA PIEL
DEL LOBO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

KERSTIN EKMAN
EN LA PIEL DEL LOBO

Traducción del sueco de Claudia Conde

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Löpa varg*

1.ª edición: junio de 2023

© Kerstin Ekman, 2021

Publicado por primera vez por Albert Bonniers Förlag, Estocolmo (Suecia)
Publicado en castellano por acuerdo con Bonnier Rights, Estocolmo (Suecia),
y Casanovas & Lynch Agencia Literaria

Traducción: © Claudia Conde Fisas, 2023
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-318-9
Depósito legal: B. 8.444-2023
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Rotapapel
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Hacía frío. Empezaba a despuntar el alba, pero el día era apenas una insinuación. El rifle yacía sobre el sofá, al otro lado de la mesa, descargado. No sé por qué. Era así y punto. No es lo mismo para todos, eso lo entiendo. La mayoría prefiere seguir disparando mientras le quedan fuerzas para apretar el gatillo. Mientras se te empina, estás vivo y matas.

Yo había matado mucho y puede que ya hubiera tenido suficiente. *Kasper* había parado veintiocho alces. No todos para mí, claro. Pero si otro cazador abatía la pieza, él le enseñaba los dientes para que no se acercara. Y si el otro insistía, él se quedaba inmóvil y le gruñía. Cuando se plantaba encima de una presa y empezaba a arrancarle la piel, solo su amo podía acercarse. Así era *Kasper*.

Trissa tampoco se quedaba atrás. Durante mucho tiempo fue la única hembra, porque las perras tienen el inconveniente de entrar en celo también en otoño. No recuerdo todos sus alces, solo los que tenían algo

especial. A los perros, sin embargo, podría enumerarlos a todos. En eso no me falla la memoria.

Justus, Bång, Reppen y *Blix* eran en realidad de mi padre. *Skott* fue el primero realmente mío. Me lo regalaron al mismo tiempo que mi primera escopeta. No veía la hora de que el perro creciera y llegara el otoño, para poder salir con él a cazar liebres. Debía de haber nacido en febrero, cuando yo acababa de cumplir los doce años. Éramos buenos compañeros de caza, *Skott* y yo. Por el cuerpo robusto y las patas cortas, parecía más bien un drever, aunque debía de estar mezclado con teckel y alguna otra raza, porque erguía las orejas y solo las puntas le quedaban colgando. Mi madre siempre decía que tenía unas orejas muy bonitas y graciosas.

Quería cazar todo el tiempo. Se esforzaba para meterse en las madrigueras, a pesar de su tamaño. Una vez se quedó atascado y, mientras intentábamos sacarlo, vimos que el zorro se escabullía por el otro lado, al tiempo que mi padre soltaba un juramento. Los zorros siempre tienen una salida de emergencia. Pero *Skott* estaba atascado. Por mucho que cavamos, no conseguimos sacarlo. Cuando emprendimos el regreso en la oscuridad de la noche, yo ya estaba al borde del llanto. Y vaya si lloré, mientras iba andando detrás de mi padre, secándome las lágrimas con las mangas del jersey.

Por la mañana me levanté temprano para volver a

la madriguera y también regresé allí al salir de la escuela, y los dos días siguientes hice novillos. Me tumbaba junto a la entrada, le gritaba a *Skott* que no se rindiera y seguía cavando. Después venía mi padre con una pala más grande, cada día, y cavábamos los dos, pero nunca logramos llegar hasta el perro.

Al final salió por sus propios medios. Al cabo de cuatro días, había adelgazado tanto que consiguió abrirse paso por el mismo túnel que le había servido al zorro para escapar. Estaba famélico y muerto de sed. Mi padre tuvo que llevarlo a casa en brazos. Mi madre le puso agua en un cuenco, pero no demasiada.

—Poco a poco —le decía.

Lo mismo con la comida. Tenía miedo de que pillara una indigestión.

Yo estaba bebiendo una taza de café, sin apartar la vista del pantano y los confines del bosque. La vieja caravana tenía un hornillo de gas de dos fuegos y un sibilante sistema de calefacción, ya que de lo contrario no habría resistido mucho tiempo allí sentado. Cuando era joven, podía congelarme durante horas en un apostadero, sin nada más que agujas de abeto debajo del culo. En aquella época no existían los plumíferos y el abrigo de piel del abuelo no estaba mal, pero pesaba demasiado.

Inga se rio a carcajadas cuando me vio llegar a casa

con la caravana que acababa de comprarle a Anton Petersson.

—Parece uno de esos pasteles verdes de mazapán —observó.

De hecho, Anton la había pintado de verde para enmascarar el moho que se había extendido en grandes manchas por la carrocería. Era pequeña y tenía el techo abombado, como las caravanas de antaño. En cualquier caso, nunca me defraudó. Lo primero que hice fue llevarla a una de mis parcelas del bosque y dejarla estacionada en un pequeño trozo de suelo firme junto al pantano, a escasa distancia de la pista forestal. Apostado en su interior, vi al verraco enorme al que llamé *Diablo Negro*. ¡Ya pueden decir que aquí en el norte no hay jabalíes! También he visto corzos. La semana anterior había divisado un grupo de cuatro que se desplazaban a través del pantano, pisando con cautela la fina capa de nieve helada. Pensé que no les sería fácil sobrevivir a la crudeza del invierno.

Era la mañana del día de Año Nuevo. En realidad, tenía que haber estado en casa, ayudando a Inga con los preparativos. Al día siguiente era mi cumpleaños y, como se trataba de una cifra redonda, íbamos a recibir muchas visitas. Me había levantado a las cinco, para preparar la bolsa del almuerzo, el rifle y los prismáticos; supuse que podría pasar un par de horas tranquilo. Cuando llegué, todavía estaba oscuro. Las delgadas paredes de la caravana apenas protegían de la intemperie,

por lo que dentro hacía un frío atroz. *Zenta* se apretaba contra mis piernas. Estuve a punto de echarme una manta por los hombros, pero para entonces ya empezaba a clarear sobre el bosque y, como la caravana tarda un tiempo en calentarse, preferí coger los esquís y salir en busca de rastros. *Zenta* se quedó dentro, tumbada sobre la vieja piel de cordero, y antes de irme, le eché por encima la manta. Todavía nos quedaba un alce joven en el cupo de caza de la temporada. En caso de encontrar un rastro, podría regresar a la caravana y soltarla sobre la pista. Pero ¿era lo que quería?

Es raro de cojones no saber lo que uno quiere.

Los esquís se deslizaban con silenciosa facilidad sobre la nieve fresca de la noche. Al borde del pantano encontré huellas, pero no eran de alce. Me aproximé con cautela.

Lo primero que pensé fue que eran muy grandes. Llevábamos una buena temporada con temperaturas bajo cero, por lo que no podían ser huellas de perro que se hubieran agrandado al fundirse la nieve. Saqué del bolsillo una caja de cerillas y medí la más cercana. Dos cajas de largo, unos diez centímetros. Era una pata trasera.

De lobo.

Me dispuse a seguir el rastro y observé que la nieve había conservado mejor las huellas algo más adelante,

entre los árboles. En varios puntos se veían claramente las marcas de las poderosas y afiladas garras. Las zarpas delanteras medían un poco más de dos cajas de cerillas: debía de tratarse de un macho grande. Se había parado varias veces, y las posaderas y las patas habían dejado marcas profundas allí donde se había sentado. Unos metros más allá, el rastro se emborronaba en multitud de marcas irregulares, como si el animal hubiera pasado un buen rato tumbado en la nieve. No debía de preocuparle el frío, provisto del doble pelaje invernal de cerdas duras y brillantes, sobre la espesa capa inferior, más suave y lanosa.

La impronta de su cuerpo sobre la nieve transmitía serenidad. Había estado descansando, seguro de hallarse a salvo en un lugar tranquilo. La caravana debía de resultarle familiar si acudía con frecuencia a aquel rincón del bosque. No parecía que fuera un punto de encuentro con otros lobos, porque solo se veían sus huellas. Tampoco era la época del año en que las manadas se reúnen en parajes fácilmente accesibles para los cachorros.

El hecho de que hubiera estado descansando debió ponerme sobre aviso, pero aun así me sorprendí e incluso me estremecí cuando me topé con los restos de su presa. Las marcas sobre la nieve indicaban que la había arrastrado desde el pantano hasta el bosque. Era un cazador prudente. Si se hubiera puesto a comer al descubierto, en medio del pantano, habría quedado demasiado a la vista.

Remontando las marcas de arrastre, localicé el punto donde había atacado. Vi huellas de garras y de grandes patas sobre la nieve removida, mezcladas con mechones de pelo y restos de sangre. Entre los pelos de color marrón grisáceo del corzo, descubrí uno más largo, gris amarillento y con la punta negra. Por la longitud y la dureza, tenía que ser del lomo del lobo. Debía de ser un espectáculo impresionante verlo con todo el pelaje del cuello erizado. Rebusqué hasta encontrar la cartera en el bolsillo interior de la chaqueta y, con los dedos rígidos de frío, guardé el pelo entre dos billetes de cien coronas.

Volví esquiando hasta el lugar donde yacía su presa, procurando no hacer ruido. Ya se veía el esqueleto. Era una corza pequeña, probablemente del grupo que yo había visto atravesando el pantano antes de Navidad. Uno de los ejemplares debía de ser un macho, porque estaba casi seguro de haber distinguido las dos cuernas incipientes con los prismáticos. «¿Qué demonios hacéis aquí, tan al norte?», recuerdo haber pensado. «La capa de nieve es demasiado profunda. Os vais a morir de hambre.»

Aún quedaba carne en la osamenta. No parecía que se hubiera acercado todavía ningún zorro, ya que no se veían huellas. Tampoco había cuervos, ni cornejas. ¿Sería que el lobo había arrastrado su presa hasta allí para esconderla?

El lugar de la matanza hacía que me planteara va-

rias preguntas, pero la más importante era el paradero del lobo, saber si seguía cerca de allí. Los corzos no suelen recorrer grandes distancias si pueden evitarlo, y menos aún sobre nieve tan profunda. Debían de estar muy alterados tras el ataque, pero tarde o temprano volverían. Un cazador como el lobo tenía que saberlo. ¿Regresaría? Después de todo, no había terminado de devorar a su presa. Quizá solo estuviera haciendo una pausa.

Entonces observé que el rastro continuaba más allá del lugar donde había abandonado a su víctima y me dispuse a seguirlo con los esquís. Curiosamente, terminaba enseguida. El lobo había vuelto sobre sus pasos. Pero daba la impresión de que, antes de dar la vuelta, se había detenido un momento e incluso se había sentado. ¿Qué estaría mirando? ¿Habría captado el olor de los otros corzos en el aire? No, porque en ese caso no habría retrocedido. Al final había orinado copiosamente contra el delgado tronco de un pino albar y después había regresado.

Lo único que se veía desde el punto donde se había sentado era una pequeña colina con unos pocos abetos. Me dirigí hacia allá por un terreno sin rastros y enseguida vi huellas frescas de lobo, de menor tamaño que las suyas. Podían ser de una hembra, que se había parado en un punto, quizá durante un buen rato. ¿La habría visto el lobo?

Muchas preguntas y ninguna respuesta.

Para entonces ya se había hecho de día. Con mucho cuidado, volví a la caravana y entré. Con los esquís y la puerta que crujía, no me fue fácil moverme sin hacer ruido. Aun así, sucedió lo que esperaba. No de inmediato, obviamente. Llevaba bastante tiempo mirando por la ventana con la taza de café en la mano, cuando me pareció vislumbrar algo junto al pantano. Como no sabía si había visto bien, me quedé inmóvil y seguí esperando. Pero estaba casi seguro de haber notado que algo se movía.

Para mirar con ojos nuevos —como solía decir mi padre—, desvié la vista un instante y busqué los prismáticos con la mano. No quería hacer movimientos bruscos, para que *Zenta* no notara que había visto algo, porque se habría puesto de pie.

Volví a observar el sitio donde había visto un movimiento. De pronto me vino a la memoria un cuadro que tenía mi abuelo en la pared de su estudio, en su casa. Representaba un bosque de árboles frondosos, ramas, tocones cubiertos de musgo y una maraña de arbustos y maleza. «Encuentra al cazador verde», rezaba una leyenda al pie de la imagen. Había que observar con mucha atención, para descubrir al cazador que acechaba en la espesura. Tenía un sombrero verde acabado en punta, con una pequeña visera. A veces lo veía, pero enseguida lo perdía de vista.

«Encuentra al cazador gris», pensé. Pero no sabía si lo lograría. El cielo había adquirido un tono verdoso conforme avanzaba el día. El silencio y la quietud eran inauditos, casi irreales. Yo me mantenía inmóvil como un búho en la copa de un pino, como una piedra cubierta de nieve en medio del bosque.

El invierno puede ser una hoja de papel en blanco o una pizarra azulada donde dejar algo escrito. La última vez que había estado en la caravana, nada se había movido, ni había trazado signos sobre la nieve. No había visto huellas de zarpas, ni de pezuñas, ni tampoco el delicado encaje que dejan las pisadas de los topillos. Parecía como si el blanco lo hubiera borrado todo y el bosque oscuro reposara bajo los abetos doblegados por el peso de la nieve. Pero esta vez era diferente. La quietud era la misma, y sin embargo algo había pasado.

Yo sabía que por el lado de Bratten había una pareja de lobos y suponía que los lobeznos de la última camada ya habrían alcanzado la madurez sexual, pero estaban lejos, a unos veinte kilómetros, por lo menos. Este de aquí debía de ser un macho solitario y era posible que hubiera recorrido una distancia todavía mayor, en busca de presas. Y también de una hembra, por supuesto.

Pasó casi una hora. La temperatura en el interior de la caravana ya era aceptable. *Zenta* seguía durmiendo, tras quitarse de encima la manta. Me hubiera gus-

tado servirme otra taza de café, pero no me atreví. Sabía que algo se había movido en los confines del bosque y que ese algo estaba atento al más mínimo movimiento.

Y de repente apareció. Se movía con una confianza fácil de comprender, ya que todo ese mundo era suyo. Salió del bosque un poco más allá del rastro que habían dejado mis esquís y se detuvo al borde del pantano, entre un enebro y un pino raquítrico. Observó un momento la pequeña extensión nevada del pantano y después volvió la cabeza, de tal manera que pude contemplar el perfil noble del hocico, la línea abrupta de la frente y las orejas erguidas.

Con inmensa cautela, cogí los prismáticos y enfoqué su imagen hasta verlo con claridad. Entonces volvió otra vez la cabeza en dirección al pantano. Lo veía con tal nitidez que podía distinguir la espesa pelambre dentro de las orejas y los rebordes negros. Tenía los ojos muy claros y ligeramente rasgados. En conjunto, era un animal impresionante, con un denso pelaje protector que le caía desde las mejillas y le abultaba como una gorguera. La careta blanca descendía formando picos hasta el cuello. Tenía manchas blanquecinas encima y debajo de los ojos, atravesadas estas últimas por una línea más oscura.

Las largas patas delanteras eran blancas, o al menos lo eran por delante. Pero ninguna de las partes más claras de su pelaje era blanca como la nieve, sino de

un tono más bien amarillento. El resto era gris, con toques dispersos de ese mismo matiz de blanco. «Patas grises», así llamaban al lobo tiempo atrás, cuando la gente no se atrevía a pronunciar su verdadero nombre. Este tenía las patas realmente largas. Era un macho grande, como había supuesto al estudiar su rastro.

Hizo un leve movimiento, como para olfatear el contorno del pantano. Pensé que iba a dirigirse hacia el lugar donde yacía su presa, pero se quedó donde estaba, levantó el hocico e inhaló la brisa. Mi olor debía de estar presente aún en el aire y una racha de viento lo llevó hacia él. Súbitamente dio la vuelta y desapareció entre los abetos.

«Zarpas», pensé, porque así lo llamaban también en épocas pasadas. Y había oído a mi abuela referirse a él alguna vez como «el sigiloso». Ahora el animal se había escabullido con silenciosa cautela hacia el bosque, de regreso a sus callados dominios.

Cuando me repuse de aquella visión, noté que me había quedado rígido y helado, después de la absoluta inmovilidad. No sabía cuánto tiempo había transcurrido. Lo que acababa de vivir era ajeno al tiempo y a sus medidas.

Me serví otra taza de café, comí un sándwich de queso y le di otro a *Zenta*. Pensé que, si hubiera tenido cobertura, tendría que haber llamado a Inga, que para entonces ya habría visto mi nota sobre la mesa de la cocina y estaría tomando su café de la mañana.

Pero creo que no lo habría hecho: necesitaba estar un rato a solas con mis pensamientos.

Escudriñando el pantano y sus confines, no vi ninguna señal de vida. Ya no volvería a salir. Ninguno de los días anteriores se había dejado ver y yo había estado en la caravana, sin sospechar que él hacía su vida en el bosque. Sin saber que se había adentrado en el pantano, había cazado una corza y al menos una vez se había alimentado de su carne.

La oscuridad llegó temprano aquel día, que había amanecido con un frío intenso y una quietud absoluta. El cielo se volvió gris y se acumularon las nubes. Los primeros copos de nieve empezaron a bailar en el viento. El parte meteorológico de la noche anterior había anunciado nevadas abundantes. No solo se borrarían los rastros, sino que la pista forestal dejaría de ser practicable para los vehículos si caía suficiente nieve. Ya se habían llevado toda la madera apilada en los desvíos y no parecía que hubiera nadie trabajando en el bosque. Si no quitaban antes la nieve, sería imposible llegar hasta el pantano en coche hasta bien entrada la primavera. *Patás Largas* podría quedarse en paz.

Sí, así lo llamaba yo en mis pensamientos. Estuve un rato dando vueltas a las palabras «quedarse en paz». Me gustaban. Habría querido trazarlas con un palo en la nieve, antes de irme: QUEDA EN PAZ, PATAS LARGAS. Un mensaje que nadie podría descifrar y que los copos

arremolinados no tardarían en cubrir, pero cuyo significado cobraría vida en su cuerpo robusto, cuando se acumulara la nieve y toda la superficie del pantano se tornara blanca y lisa como un folio en blanco. Sentí sueño, quizá porque había liberado la tensión, pero tenía que marcharme antes de que la nieve me lo impidiera. Durante el trayecto en coche por la pista forestal, sentí como si estuviera conduciendo a través de un túnel, rodeado de un torbellino de nieve gris.

Pensaba contárselo a Inga por la noche, después de ver las noticias y apagar el televisor, pero no pude. Me hizo gracia que no me salieran las palabras. Inga levantó la vista por encima del libro que estaba leyendo y me preguntó de qué me reía.

En realidad, no me estaba riendo. Puede que sonriera un poco, al darme cuenta de lo mucho que me costaba decir algo tan sencillo: «He visto un lobo». Como si el nombre aún pudiera invocar la amenaza que acechaba en la foresta. El animal rehuía el olor de los humanos. Quizá habría debido protegerse también de nuestras palabras. Pero no las entendía.

Me habría encantado invocar esa sombra gris si hubiese estado en mi poder hacerlo. Pero *Patas Largas* era inalcanzable, allá en el bosque.

¿Por qué diantre no decía de una vez «He visto un lobo» y se acabó? Pero no quería. Prefería guar-

darme la historia para mí solo, al menos durante un tiempo.

La tormenta rugía fuera de casa y de pronto oímos un traqueteo y unos golpes. Inga bajó el libro y volvió la vista hacia la oscuridad de las ventanas.

—Los esquís —le dije yo, para tranquilizarla—. Los he bajado del portaequipajes y los he dejado contra la pared, en el porche. Se habrán caído.

—Vaya por Dios —replicó ella—. Venga, vamos a la cama. En cualquier momento se irá la luz. Pero antes voy a llenar unos cubos de agua.

Entonces recordé una tormenta otoñal en Norrstigen, mucho tiempo atrás. Vivíamos en la casa vieja. Cuando se fue la electricidad, mis padres, mis hermanos y yo nos quedamos a oscuras, escuchando el fragor de los grandes pinos que caían a nuestro alrededor. El viento aullaba y, de vez en cuando, una rama arrancada golpeaba las ventanas. Los cinco nos preguntábamos si el abeto más grande con toda su maraña de raíces sería capaz de mantenerse en pie o si por el contrario caería sobre la casa. Pero ninguno de nosotros dijo nada. A pesar del peligro, mi padre salió a ver si los abuelos estaban bien en la casa vecina. Cuando regresó, nos dijo que se habían acostado ya. No eran más de las cuatro de la tarde. «¿Qué querías que hiciéramos?», le había dicho el abuelo.

Cuando se va la luz, la bomba de agua deja de funcionar. Por eso ayudé a Inga a llenar cuatro cubos y algunas ollas. Al abrirle la puerta a *Zenta* para que saliera a orinar, entró en la casa un torbellino de nieve, así que le dije que se diera prisa, pero no quiso salir y yo no le insistí; las perras viejas aguantan bastante. La luz se fue justo cuando los tres íbamos subiendo la escalera.

—¡Mierda! —exclamó Inga, que desde que se ha jubilado tiene un vocabulario mucho más colorido.

Como no podíamos leer en la cama, nos acostamos y charlamos un rato en la oscuridad. Aun así, no le mencioné a *Patás Largas*. Al cabo de unos minutos, oí que su respiración se volvía tranquila y pausada. Se había dormido.

Quizá yo también estaba a punto de quedarme dormido, a pesar del ruido de la tormenta. Me vinieron a la mente cosas extrañas, como suele suceder poco antes de conciliar el sueño. Pensé, por ejemplo, que el hecho de llamarme Ulf —el antiguo nombre del lobo— no debía de significar nada para el animal. Ni siquiera era importante para una vieja cazadora de alces como *Zenta*. Para ella, yo era el amo y nada más, aunque sabía perfectamente a quién se refería Inga cuando me mencionaba. Cada vez que la oía decir «Uffe», levantaba la cabeza y me miraba. Sucedió a menudo.

Es mi vida una ola, que solo un instante se mueve. Ha-

cía tiempo que esos versos me rondaban la cabeza. Desde la última vez que había ido a la consulta del médico por la angina de pecho, me volvían a la memoria con frecuencia. No sabía de dónde habrían salido. Quizá de algún libro viejo de mi padre. Cuando se los recité a Inga, los buscó en internet, por supuesto. Fue una decepción, porque el poema empeoraba a partir de ahí. *Como el viento, es impetuosa; como un suspiro, es breve*. No era muy bueno el poema, a decir verdad. Pero me seguían gustando las primeras líneas. *Es mi vida una ola, que solo un instante se mueve*. Me hacían pensar que mientras algo se mueva, estoy vivo.

Ya sé que todo se seguirá moviendo cuando yo no esté, pero cuesta asimilarlo. Por ejemplo, ¿seguirán creciendo los geranios de la ventana? ¿Les brotarán flores y hojas nuevas cuando llegue la primavera, siempre que Inga no se olvide de regarlos? ¿Los seguirá regando cuando yo haya muerto?

Estaba completamente despierto y me di cuenta de que no podía seguir pensando en esas cosas, porque no conseguiría dormirme. Entonces sentí un hormigueo en las piernas y comprendí que podía darme por vencido, ya no iba a conciliar el sueño.

«Ya ves, *Patas Largas*», pensé. Le hablaba como si nos conociéramos, pero no era así. Mi relación con él era unilateral, como la que se tiene con Dios.

Mis pensamientos daban vueltas y más vueltas. Acercarse. Poder verlos, solo verlos. Mientras algo se mueva. Pero todo eso ya lo pensaba antes de encontrarlo a él en el bosque.

En el fondo era extraño haberle puesto un nombre, pero así somos los humanos. Nos gusta poner nombres, para distinguir unas cosas de otras, como cuando llamamos *Manubrio* a un alce joven de cuernos rectos, o *Demonio Negro* a un jabalí de gran tamaño.

Él ignoraba su nombre. En la manada, su identidad eran su olor y su porte. Tal vez también sus largas patas blancas, pero sin palabras, claro.

¿Tendría una manada? Quizá era un solitario que vagaba incansablemente en busca de caza y de una compañera. De ser así, era posible que ya hubiese seguido su camino y en ese caso sería inútil sentarse a esperar y no importaría que las nevadas hubiesen vuelto intransitables las carreteras. De todos modos, yo siempre podría llegar hasta el pantano con la motonieve.

¿Debería haber llevado la cámara de fotos al salir por la mañana? La había dejado en casa, porque tras un tiempo de reflexión había llegado a la conclusión de que ya hay suficientes fotografías. Me pregunto si la gente ve algo con sus propios ojos, en la vida real.

También me costaba aproximarme a él con las palabras, como si no me atreviera del todo. En general, no es fácil describir a un ser vivo. Ponerle un nombre

ya había sido un intento de acercamiento, quizá el inicio de una relación. Unilateral, por supuesto, siempre unilateral. No es posible acercarse a ellos con palabras. En cualquier otra circunstancia, la palabra tiene un poder enorme. Pero en su caso, no.

En cuanto pensé esto último, comprendí que me equivocaba. Nuestras palabras pueden tener un poder mortífero sobre ellos. Cada palabra y cada letra de la ley: la temporada oficial de caza comienza el 2 de enero.

Corre. La costra de nieve helada es muy fina y se deshace tan fácilmente que no le hiere las patas. Huye. La densa nevada y la oscuridad empiezan a disolver las formas a su alrededor y sus músculos se relajan.

Puedo imaginarlo así, echado en el suelo durante mucho rato, hasta sumirse en una especie de duermevela. Sus orejas erguidas e inquietas no bajan la guardia, porque el recuerdo olfativo sigue presente bajo la amortiguada insensibilidad del letargo. El temido olor puede reaparecer y cobrar forma en cualquier momento. La nieve se arremolina y se cuele entre las agujas de los abetos.

Conoce los árboles, pero no tiene palabras para nombrarlos. Sabe que los más grandes y viejos lo protegen. Se levanta, estira las patas delanteras y, cuando siente que han vuelto a la vida, extiende primero una

pata trasera y después la otra. A veces siente el impulso de llamar a los que dejó atrás cuando se convirtió en vagabundo, pero solo llega a levantar el cuello. No prepara las fauces para el aullido, porque enseguida se impone la cautela.

¿Y si de pronto lo despierta un olor que le hace hormiguitar las ingles? Una hembra. La misma que dejó su rastro en la colina. La nevada no tarda en desdibujar su imagen vaga, pero cuando la distingue otra vez entre los árboles, echa a correr tras ella. El maravilloso olor a hembra se intensifica, como la inquietud que le remueve las entrañas.

Ya están muy cerca. Se miran el uno al otro, ella desde el borde del pantano, entre abetos esbeltos, y él desde terreno firme, donde la nieve es más profunda. La actitud de la hembra lo anima a avanzar unos cuantos pasos rápidos, pero sin movimientos bruscos. Quizá le permita rozarle el hocico con el suyo y apoyar la cara en su mejilla y la base de su oreja, antes de seguir olfateando y llegar con la húmeda nariz hasta el punto fascinante, aunque aún cerrado, que aguarda bajo la cola. Pero la hembra retrocede y se marcha, y él corre al lugar donde la ha encontrado y orina largamente. Durante un rato, presta atención a cualquier ruido indicativo de que pueda pertenecer a una manada.

Entonces oye una llamada. Viene de muy lejos y la voz es añosa y áspera. Es un reclamo cavernoso

y profundo, que finaliza en un gemido. Ahora siente otra vez el mismo impulso, la añoranza de su vida anterior. Formar parte de una manada y acechar presas grandes, que no podría cazar solo. Devorarlas cuando aún están calientes. Pero sin poder comer a gusto, porque los gruñidos de cualquier macho viejo que le enseñara los dientes en señal de amenaza lo harían retroceder. Se oye otra vez el ronco reclamo y la hembra desaparece entre los abetos. Obedece. No sería fácil acceder a ella dentro de la cálida dinámica de una manada. Por eso no la sigue. Sabe que debe esperar a que se aventure sola por el bosque una vez más, atraída por su poderosa presencia. Esperará tan cerca como su coraje se lo permita.

Cuando me desperté del todo, recordé el rastro de la hembra. Muy bien podía pertenecer a la última camada de la pareja de Bratten, cuyos cachorros ya debían de haber crecido. Puede que hubiera salido a explorar. Iba a tener que decirlo: había visto un lobo.